

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

Austral Intrépida

CAPÍTULO I

El domingo 24 de mayo de 1863, mi tío, el profesor Lidenbrock, volvió precipitadamente a su casita, situada en el número 19 de Konigstrasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo. Marta la criada debió de creerse muy apurada de tiempo, pues la comida apenas empezaba a entonarse en el fogón de la cocina.

«Bueno —me dije—, si mi tío, que es el hombre más impaciente del mundo, viene con hambre, va a dar unos gritos de cuidado.»

—¡Ya está aquí el señor Lidenbrock! —exclamó Marta la criada, sorprendida, entreabriendo la puerta del comedor.

—Sí, Marta. Pero la comida tiene derecho a no estar guisada, pues todavía no son las dos. Casi ni acaba de dar en Saint-Michel la una y media.

—Entonces, ¿por qué viene el señor Lidenbrock?

—Sin duda, él nos lo dirá.

—¡Ya está aquí! Yo me voy, señorito Axel. Usted le hará entrar en razón.

Y Marta volvió a su laboratorio culinario.

Me quedé solo. Pero hacer que el más irascible de los profesores entrase en razón era lo que mi carácter un poco indeciso no me permitía.

Me preparaba, por tanto, a volver prudentemente a mi cuartito de arriba, cuando la puerta de la calle rechinó sobre sus goznes; unas grandes zancadas hicieron crujir la escalera de madera, y el amo de la casa, atravesando el comedor, se precipitó al instante en su despacho.

Pero, al pasar rápidamente, había tirado en un rincón su bastón, cuyo puño representa un cascanueces; había puesto en la mesa su gran sombrero de fieltro, y había lanzado a su sobrino estas rotundas palabras:

—Sígueme, Axel.

No había tenido aún tiempo de moverme, cuando ya el profesor me gritaba con vivo acento de impaciencia:

—¿Cómo? ¿Todavía no estás aquí?

Me precipité en el despacho de mi temible maestro.

Otto Lidenbrock no era un hombre malo, convengo en ello; pero si no se verifican cambios improbables, morirá en la piel de un terrible original.

Era profesor en el Johanneum, y daba un curso de mineralogía, durante el cual montaba en cólera regularmente una vez o dos. No porque se preocupase de tener discípulos asiduos a sus lecciones, ni del grado de atención que le prestaran, ni del éxito que pudieran obtener en adelante; estos detalles no le inquietaban en absoluto.

Enseñaba «subjetivamente», según una expresión de la filosofía alemana: enseñaba para él y no para los demás. Era un sabio egoísta, un pozo de ciencia; pero cuan-

do se quería sacar agua de este pozo, chirriaban las poleas. En una palabra, era un avaro. Hay algunos profesores de este género en Alemania.

Mi tío, desgraciadamente, no gozaba de una extrema facilidad de pronunciación. Si no en la intimidad, al menos cuando hablaba en público, éste era un defecto penoso para un orador. Así que, en sus demostraciones en el Johanneum, el profesor a menudo se paraba de repente: luchaba contra un vocablo recalcitrante que no quería escapar de sus labios, una de esas palabras que se resisten, se hinchan y acaban por salir bajo la forma poco científica de un taco. De ahí provenían sus excesos de cólera.

En mineralogía hay muchas denominaciones semi-griegas, semilatinas, difíciles de pronunciar, apelaciones rudas que desollarían los labios de un poeta. No quiero hablar mal de esta ciencia. Lejos de mí. Pero cuando se encuentra uno en presencia de cristalizaciones romboédricas, de resinas retinasfálticas, de gelenitas, tangasitas, molibdatos de plomo, tungstatos de manganeso y titanatos de circonio, es natural que la lengua más hábil se haga un lío.

Conocían en la ciudad este achaque perdonable de mi tío, y se metían con él, acechándolo en los pasajes peligrosos; mi tío se enfadaba y todos se reían, cosa que no resulta de buen gusto, ni siquiera para los alemanes. Si Lidenbrock seguía teniendo gran afluencia de oyentes en sus clases, era porque muchos de los que iban asiduamente acudían para burlarse de las rabieta del profesor.

Sea como sea, mi tío —nunca me cansaré de decirlo— era un verdadero sabio. Aunque a veces rompía sus minerales al probarlos con demasiada brusquedad, unía al genio del geólogo la vista del experto conocedor de minerales. Con su martillo, su punzón, su aguja imantada, su soplete y su frasco de ácido nítrico, era un hombre insuperable. Por la rotura, por el aspecto, la dureza, la fusibilidad, el sonido, el olor, el gusto de un mineral cualquiera, lo clasificaba sin titubear entre las seiscientas especies que cuenta hoy la ciencia.

El nombre de Lidenbrock resonaba, pues, con honor en las escuelas y en las asociaciones nacionales. Los señores Humphry Davy, Humboldt, los capitanes Franklin y Sabine, no dejaban de visitarle a su paso por Hamburgo. Los señores Becquerel, Ebelmen, Brewster, Dumas, Milne-Edwards, Sainte-Claire-Dewille le consultaban sobre las cuestiones más actuales de la química. Esta ciencia le debía hermosos descubrimientos, y en 1853 apareció en Leipzig un *Tratado de cristalografía trascendental*, escrito por el profesor Otto Lidenbrock, gran infolio con láminas con el que no cubrió ni los gastos del libro.

Añadiremos a esto que mi tío era conservador del museo mineralógico del señor Struve, embajador de Rusia, preciosa colección de renombre europeo.

Volvemos aquí al personaje que me llamaba con tanta impaciencia. Imaginemos un hombre alto, delgado, con una salud de hierro y un rubio juvenil que quitaba diez años, al menos, a este cincuentón. Sus ojos grandes se movían sin cesar detrás de sus enormes gafas; su na-



riz, larga y fina, parecía una cuchilla afilada; los maliciosos pretendían que estaba imantada y que atraía la limadura de hierro. ¡Pura calumnia! No atraía más que el tabaco; pero éste, para no faltar a la verdad, en gran abundancia.

Cuando haya añadido que mi tío andaba dando pasos matemáticos de cuatro pies y diga también que al andar llevaba los puños cerrados, señal de un temperamento impetuoso, el lector le conocerá lo bastante para no mostrarse muy deseoso de su compañía.

Vivía en su casita de Königstrasse, una vivienda mitad de madera, mitad de ladrillo, que daba a uno de esos canales sinuosos que cruzan el barrio más antiguo de Hamburgo, respetado afortunadamente por el incendio de 1842.

La vieja casa se inclinaba un poco, es verdad; su fachada hacía panza, su techo se caía sobre la oreja, como la gorra de un estudiante de la Tungendbund;¹ el aplomo de sus líneas dejaba bastante que desear, pero en conjunto se tenía en pie gracias a un olmo viejo vigorosamente encajado en la fachada y que en primavera daba sus brotes en flor a través de las vidrieras de las ventanas.

Mi tío no dejaba de ser rico para ser un profesor alemán. La casa le pertenecía por entero, continente y contenido. El contenido era su ahijada Graüben, joven

1. Tugendbund: «Liga de la Virtud», asociación fundada en Königsberg (1808) para exaltar las virtudes cívicas y la liberación de Prusia. (*N. del E.*)



virlandesa de diecisiete años, Marta, la criada, y yo. En mi doble calidad de sobrino y huérfano, llegué a ser el ayudante de sus experimentos.

Confesaré que sentía afición por las ciencias geológicas; por mis venas corría sangre de minerólogo y no me aburría nunca en compañía de mis preciosas piedras.

En suma, se podía vivir feliz en esta casita de Konigs-trasse a pesar de las impacencias de su dueño, quien, aun conduciéndose de un modo algo brutal, no por eso me quería menos. Pero este hombre no sabía esperar; tenía más prisa de lo corriente.

Cuando en abril había plantado en los tiestos de su salón algunos pies de reseda o de volúbilis, iba regularmente todas las mañanas a tirarles de las hojas para apresurar su crecimiento.

Con una persona semejante, no había más remedio que obedecer. Me precipité, por lo tanto, en su despacho.

CAPÍTULO II

Este despacho era un auténtico museo. Todas las muestras del reino mineral se hallaban clasificadas en el orden más perfecto, siguiendo las tres grandes divisiones de los minerales inflamables, metálicos y litoideos.

¡Qué bien conocía yo esos objetos de la ciencia mineralógica! ¡Cuántas veces, en vez de jugar con los chicos de mi edad, me había entretenido en quitar el polvo a esos grafitos, antracitas, carbones, lignitos y turbas! ¿Y los betunes, las resinas, las sales orgánicas que había que preservar del menor átomo de polvo? ¿Y esos metales, desde el hierro hasta el oro, cuyo valor relativo desaparecía ante la igualdad absoluta de las muestras científicas? Todas esas piedras habrían sido suficientes para volver a construir la casa de Königstrasse incluso con una hermosa habitación de más, en la que me hubiese yo arreglado tan bien.

Pero, al entrar en el despacho, no me preocupaba en absoluto de esas maravillas. Únicamente mi tío ocupaba mi pensamiento. Estaba hundido en su gran sillón guar-

necido de terciopelo de Utrecht, y sostenía entre las manos un libro digno de su más profunda admiración.

—¡Qué libro! ¡Qué libro! —exclamaba.

Esta exclamación me hizo recordar que el profesor Lidenbrock era también bibliómano en sus ratos de ocio; pero un volumen no tenía mérito a sus ojos si no era imposible de encontrar o, por lo menos, ilegible.

—Pero ¿no ves? —me dijo—. Es un tesoro inestimable que he encontrado esta mañana rebuscando en la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —respondí con un entusiasmo fingido.

¿A qué tanto ruido por un viejo libro en cuarto cuyo lomo y cubiertas parecían hechos de una piel basta, un libraco amarillento del cual colgaba un papelillo descolorido?

Sin embargo, las exclamaciones de admiración del profesor no se interrumpían.

—Mira —decía preguntando y contestándose a sí mismo—; ¿es hermoso? ¡Sí, es admirable! ¡Qué encuadernación! ¿Se abre este libro fácilmente? ¡Sí, porque se queda abierto en cualquier página! ¿Y se cierra bien? ¡Sí, porque la cubierta y las hojas forman un conjunto tan unido que no se separan ni entreabren en ninguna parte! ¡Y este lomo, que no tiene ni una rozadura después de setecientos años de existencia! ¡Esta es una encuadernación de la cual Bozerian, Closs o Purgold se sentirían orgullosos!

Al hablar de esta manera, mi tío abría y cerraba sucesivamente el libraco. Lo menos que podía hacer yo era

interrogarle sobre su contenido, aunque éste no me interesase nada.

—¿Y cuál es el título de este volumen maravilloso?
—pregunté con un entusiasmo demasiado grande para no ser fingido.

—¡Esta obra! —respondió mi tío animándose—, ¡es el *Heims-Krigla*, de Snorre Turleson, el famoso autor islandés del siglo doce! ¡Es la crónica de los príncipes no-ruegos que reinaron en Islandia!

—¡Es verdad! —exclamé lo mejor que pude—. ¿Y es, sin duda, una traducción en alemán?

—¡No! —replicó vivamente el profesor—. ¡Una traducción! Y ¿qué haría yo con una traducción? ¿A quién le importa tu traducción? ¡Ésta es una obra original en lengua islandesa, idioma magnífico, rico y sencillo a la vez, que autoriza las más variadas combinaciones gramaticales y numerosas modificaciones en las palabras!

—Como el alemán —insinué con bastante alegría.

—¡Sí —contestó mi tío alzando los hombros—, pero con la diferencia de que la lengua islandesa admite los tres géneros, como el griego, y declina los nombres propios como el latín!

—¡Ah! —dije un poco sacudido en mi indiferencia—, ¿y los caracteres de este libro son hermosos?

—¡Los caracteres! ¿Quién te habla de caracteres, desdichado Axel? ¡No se trata de caracteres! ¡Lo tomas por un impreso! Pero, ignorante, ¡si es un manuscrito, y un manuscrito rúnico!...



—¿Rúnico?

—¡Sí! ¿Me vas a pedir ahora la explicación de esta palabra?

—¡Me guardaré mucho! —contesté con el acento de un hombre herido en su amor propio.

Pero mi tío prosiguió sin inmutarse y me instruyó, a pesar mío, de cosas que no tenía ningún interés en saber.

—Las runas —continuó— eran unos caracteres de escritura usados antiguamente en Islandia y, según la tradición, fueron inventados por el mismo Odin. Pero mira, ¡admira, impío, estos trazos que han salido de la imaginación de un dios!

Falto de réplica, iba a doblegarme, género de respuesta que debe halagar a los dioses, como a los reyes, pues tiene la ventaja de no inquietar a nadie, cuando un incidente vino a cambiar el curso de la conversación.

Fue la aparición de un pergamino mugriento, que se escurrió del libraco y cayó al suelo.

Mi tío se precipitó sobre aquel objeto con una ansiedad fácil de comprender. Un documento antiguo encerrado, desde tiempo inmemorial en un libro viejo, no podía carecer de un gran mérito ante sus ojos.

—¿Qué es esto? —exclamó.

Y al mismo tiempo desplegabla cuidadosamente encima de su mesa un trozo de pergamino de cinco pulgadas de largo y tres de ancho, sobre el cual se extendían, en líneas transversales, los caracteres de aquel galimatías.



Les presento el facsímil exacto. Tengo empeño en dar a conocer estos signos extraños, porque condujeron al profesor Lidenbrock y a su sobrino a llevar a cabo la expedición más extraña del siglo xix:

ᚯ.ᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ
ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ
ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ
ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ
ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ
ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ
ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ
ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ	ᚱᚱᚱᚱᚱᚱ

El profesor contempló durante unos momentos esta serie de caracteres y después, levantándose las gafas, dijo:

—¡Esto es rúnico; estos rasgos son absolutamente iguales a los del manuscrito de Snorre Turleson! Pero... ¿qué puede significar esto?

Como el rúnico me parecía ser un invento de los sabios para burlarse de la pobre gente, no me chocó observar que mi tío no comprendía una palabra. Así me pareció, por lo menos, al notar el movimiento de sus dedos que empezaban a agitarse horriblemente.

—¡Sin embargo, es... islandés antiguo! —murmuró entre dientes.

El profesor Lidenbrock debía entenderlo, pues pasaba por un verdadero políglota. No porque hablase con soltura las dos mil lenguas y los cuatro mil idiomas em-

pleados en la superficie del globo, pero sabía una buena parte de ellos.

En presencia de esta dificultad iba a dejarse llevar por toda la impetuosidad de su carácter, y yo ya preveía una escena violenta, cuando dieron las dos en el reloj de la chimenea.

Al instante Marta, la criada, abrió la puerta del despacho, diciendo:

—La sopa está servida.

—¡Vayan al diablo la sopa, quien la ha hecho y los que la coman! —gritó mi tío.

Marta huyó; yo me fui tras de ella y, sin saber cómo, me encontré sentado en el comedor en mi sitio de costumbre.

Esperé unos momentos. El profesor no vino. Era la primera vez, que yo sepa, que faltaba a la solemnidad de la comida. ¡Y qué comida! Sopa de perejil, tortilla de jamón, sazónada con acedera y nuez moscada, lomo de vaca con compota de ciruela y, de postre, dulces y frutas, todo ello regado con vino de Mosela.

Esto es lo que un papel viejo le iba a costar a mi tío. En calidad de sobrino servicial, me creí obligado a comer por él y por mí. Lo que hice en conciencia.

—¡Nunca he visto cosa semejante! —decía Marta la criada mientras servía—. ¡No sentarse a la mesa el señor Lidenbrock!

—Es increíble.

—¡Es presagio de algún suceso grave! —volvió a decir la vieja criada moviendo la cabeza.



A mi modo de ver, no era presagio más que de una escena espantosa, cuando mi tío encontrase que su comida había sido devorada por mí.

Estaba en el último bocado, cuando una voz potente me arrancó de los deleites del postre. De un salto pasé del comedor al despacho.